



E S P A C I O A B I E R T O



Pedro Bandeira

La droga de la obediencia

ANAYA



Título original:
A droga da obediência

1.ª edición: abril 2008

© Pedro Bandeira, 1984, 2008
© De la traducción: Mario Merlino, 2008
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2008
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-7665-3
Depósito legal: M.2074/2008
Impreso en Anzos, S. A.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



E S P A C I O A B I E R T O



Pedro Bandeira

La droga de la obediencia

Traducción de Mario Merlino

ANAYA

A Rodrigo.

Los Karas

El timbre del colegio Elite no sonó para señalar la hora del recreo porque el colegio Elite no tenía timbre. Un colegio especial como aquel, para estudiantes muy especiales, no necesitaba timbre. Todas las decisiones en el Elite se tomaban con la participación directa de los alumnos, que, por ello, cumplían las reglas sin necesitar orden alguna.

En aquel momento, sin embargo, Miguel no estaba pensando en las reglas democráticas del colegio, aunque fuese uno de los oradores más entusiastas de las asambleas semanales. Tampoco estaba pendiente de sus responsabilidades como presidente del gremio de estudiantes del colegio Elite.

Mientras avanzaba deprisa, después de pasar por el despacho del director, la preocupación de Miguel era muy otra. En la biblioteca, por internet, consultó los periódicos de los últimos meses y separó algunos artículos. Gracias a la impresora, obtuvo rápidamente copias de los fragmentos seleccionados.

Con la carpeta con las copias bajo el brazo, Miguel entró silenciosamente en el anfiteatro del Elite. Frente al escenario, donde ensayaba el grupo de teatro del

colegio, mostró rápidamente la palma de la mano izquierda. Alguien vio en ella una K trazada a tinta.

A la profesora de Arte Dramático le molestó que el actor principal de la pieza pidiera interrumpir el ensayo por no poder soportar ya el dolor de cabeza.

—Está bien, Calú. Vete a tomar un comprimido.

Nadie entendió que Lince abandonara aquella partida de ajedrez alegando una derrota inexistente, ya que su adversario estaba perdido sin remedio, con un alfil menos y con el rey acorralado, casi a punto de que Lince le diera jaque mate en pocas jugadas. Pero el ajedrez tenía que esperar, porque el joven genio del colegio Elite había visto una K trazada en la palma de la mano abierta en la entrada de la sala de juegos.

Cuando Flaqui vio aquella K, estaba en medio de un ataque fulminante que no pudo ser respondido por las jugadoras del otro equipo. Y el profesor de Educación Física tuvo que lamentar la salida de la mejor jugadora de voleibol del colegio Elite. La muchacha se quejó concretamente de un esguince en el tobillo. Era mejor no forzarlo, ya que el campeonato intercolegial comenzaría el próximo mes y el equipo no era nada sin Flaqui.

La chica salió cojeando de la pista hasta encontrarse fuera del alcance de la vista del profesor. Entonces, como ya no le hacía falta fingir, corrió hacia el escondrijo secreto de los Karas.

En la entrada de los vestuarios del colegio Elite había un cuarto donde se guardaban los cepillos y

otros utensilios de limpieza. Un rinconcito sin luz, oscuro incluso de día. Por ello, era difícil distinguir la trampilla que había en el techo.

Con la agilidad de un gato, Flaqui saltó aferrándose al borde de la trampilla. Corrió la portezuela e impulsó el cuerpo hacia arriba como un trapecista.

Estaba en el escondrijo secreto de los Karas: todo el vasto desván del inmenso vestuario del colegio Elite, iluminado en el centro por algunas tejas de vidrio por donde pasaba la luz del día, dejando todo el resto sumido en la oscuridad.

Justo en el centro de la pequeña zona iluminada estaba Miguel, sentado sobre los talones. Frente a él, desparramadas por el suelo, había varias copias de artículos de periódico. A su lado, Lince y Calú esperaban en silencio.

Flaqui cerró la trampilla y se agachó junto a sus amigos sin decir una palabra.

El grupo de los Karas estaba completo. Los había convocado la K trazada en la mano izquierda de Miguel, la señal acordada en caso de urgencia.

Lince sacó su famosa armónica del bolsillo y empezó a pasársela por los labios, sin soplar, lentamente.

Calú rompió el silencio sin preocuparse por su tono de voz pues el techo del vestuario era una plancha de hormigón muy gruesa y no dejaba pasar ningún sonido:

—¿Qué ha pasado, Miguel?

Con los ojos en las copias de los periódicos, aún sentado como un sacerdote budista, Miguel habló pausadamente:

—Es una cuestión de extrema urgencia. Es el momento de que los Karas...

Llegó un ruido de la trampilla. Por una décima de segundo, los Karas se miraron. El grupo estaba completo. ¿Quién estaría invadiendo el escondrijo?

Obedeciendo a una señal de la cabeza del líder, Lince, Flaqui y Calú se colocaron lejos de la luz, escondiéndose silenciosamente en la oscuridad.

¿Los habrían descubierto? ¿O sería algún empleado del colegio que había decidido subir al desván del vestuario por alguna razón inocente?

La portezuela de la trampilla se abrió. Los Karas pudieron ver que había alguien colgado del borde, esforzándose por subir. Parecía ser un cuerpo mucho más ligero que el de cualquiera de los empleados.

Flaqui extendió el brazo y apretó la mano protectora de Miguel.

Una cabecita apareció en la abertura de la trampilla, y una vocecita burlona invadió el sobrado:

—¡Vamos, Karas, dejaos ver! ¡Sé que estáis ahí!

El dueño de la vocecita y de la cabeza saltó dentro del escondrijo, cerró la portezuela y avanzó hasta la zona iluminada.

Los Karas pudieron ver la carita sonriente de Balín.

—¿Qué pasa, Karas? Yo sé quiénes sois, qué sois y también sé que esta debe ser una reunión importante.

De los ángulos oscuros no llegó ninguna respuesta.

El pequeño intruso continuó:

—Qué sorpresa, ¿eh? Lo sé todo sobre vosotros. Hace mucho tiempo que no quito ojo de vuestros movimientos. Pero no hace falta que os comáis la cabeza: ¡solo yo sé que existís, no le he contado nada a nadie!

Nuevamente respondió el silencio al niño.

—¡Qué! ¿Queréis jugar al escondite? ¡Ja, ja, ja! ¡Yo pensaba que los Karas se reunían para cosas más importantes!

Calú se mordió los labios, y Flaqui apretó un poco más la mano de Miguel mientras Balín seguía bromeando, saboreando su triunfo:

—¿Queréis que os encuentre yo? ¿Quién va a ser el primero? ¿Flaqui-flaquita? ¿Lince? ¿Calú? ¿O comenzamos por el gran jefe? ¿Eh, Miguel? ¿Qué me dices? ¿Sé o no sé quiénes sois?

Lentamente, todos los Karas salieron de la oscuridad. Balín pronto acabó rodeado por los cuatro, muy por debajo de la luz que se filtraba por las tejas de vidrio. El niño era un poco más bajo que el más pequeño de los Karas, pero su sonrisa era la de un gigante.

—¡Hola, amigos! No os esperabais esto, ¿no?

Flaqui cogió al chico por el cuello del uniforme:

—¡Pedazo de mocosos! Debería...

—¡Eh, tranquila, campeona! ¿Así recibís a las visitas?

—Suelta al chico, Flaqui.

Era la voz de Miguel. Baja, seca, como debe ser la voz de un comandante.

Flaqui soltó a Balín, y Miguel puso una mano en el hombro del invasor:

—¿Qué quieres, qué buscas aquí?

—Vaya, Miguel, ¿y todavía lo preguntas? ¡Quiero ser uno de los Karas, lógico!

**INTRIGA Y AVENTURAS**

En un clima de gran misterio y suspense, cinco estudiantes, los Karas, se enfrentan a una macabra trama internacional: un siniestro médico pretende subyugar a la humanidad difundiendo entre la juventud una peligrosa droga. Experimenta con alumnos de los mejores colegios de São Paulo, y consigue que bajo los efectos de la droga de la obediencia los adolescentes no manifiesten deseo alguno, tampoco el de rebelarse.

1514132



ISBN 978-84-667-7665-3



9 788466 776653